

Capítulo 10 - El dragón impresionado - La balada de un dragón semi-benevolente

El gigantesco intérprete serpiente se deslizó hacia la aldea. Las escuálidas murallas del asentamiento humano apenas podrían detenerlo. Las haría trizas con facilidad y devoraría a los habitantes en su interior. Las ruinas se convertirían en su nuevo hogar, donde se bañaría en las corrientes ricas de magia que fluyen por la zona. Así, fortalecería su poder y superaría las limitaciones de su forma actual. Estaba tan cerca que casi podía saborearlo. Y una vez que ascendiera, solo el dragón sería lo suficientemente fuerte para detenerlo. Pero el dragón rara vez permanecía despierto mucho tiempo. Pronto volvería a dormir, dejando que la serpiente siguiera creciendo. Quizá algún día, tendría la fuerza de desafiar al dragón. Sí, eso le parecía una idea encantadora. Arrancaría el corazón del dragón de su pecho y lo tragaría entero. Detrás de él, los monstruos menores aguardaban su señal para actuar. Aunque débiles, sus números les otorgaban utilidad. A cambio de no ser devorados, le servían. Esperarían fuera de la aldea y atraparían a cualquier humano que intentara huir. ¿Y si fallaban y lograban que algunos humanos escaparan? La serpiente no necesitaba sirvientes inútiles. Se comería a los que fracasaran para advertir a los demás. Agudizó sus colmillos y una sibilancia aguda ordenó a los seguidores tomar posición antes de lanzarse hacia la aldea. Golpeó la madera del muro y atravesó la barrera sin dificultad. Sus ojos brillaban con una alegría malévola, a punto de abrir la casa más cercana para alimentarse de sus habitantes, cuando sus instintos le gritaron que esquivara. Por un instante, consideró ignorarlos. ¿Qué podía amenazarlo ahora que el dragón ya no estaba? Pero esos mismos instintos lo habían elevado por encima de los otros monstruos. Sería necio ignorarlos en ese momento. Esquivó rápidamente y el suelo donde estuvo su cuerpo explotó en pedazos. La serpiente retrocedió, enrollando su cuerpo, listo para lanzarse con veneno mortal de sus colmillos de un metro. Cuando el polvo se disipó, una humana se levantó. Tenía el cabello negro y ojos violetas, y la luz de la luna revelaba una expresión de desprecio en su rostro. “Maldita sea. Esperaba matarte con ese ataque.” Su mirada se dirigió a la sección destruida del muro. “Será un problema arreglarlo. Tendré que pedir disculpas al jefe por no haberte matado antes de que pudieras derribar la puerta.” La serpiente la fulminó con la vista. ¿Matarla? ¿Estaba esa humana temeraria loca? Ella no era la primera humana que enfrentaba. Ninguna le había causado heridas en décadas. Sus escamas eran gruesas, sus anillos fuertes, y su veneno podía matarlo en segundos. Sin embargo... la serpiente sintió una primera sensación de inquietud. Expandió sus sentidos, esperando detectar las habituales reservas patéticas de magia que esperaba en los humanos. Incluso sus oponentes más fuertes sólo poseían una fracción de su poder. Pero esta humana era diferente. Tenía más magia que cualquier humano que hubiera enfrentado antes. Aunque aún menos que él. Emisión un susurro de diversión con un bajo zumbido. Debía de haberse vuelto bastante orgullosa esa

humana. Sí, era más fuerte que los demás, y pensaba que podía vencerlo. Qué tonta. Qué ingenua. Qué absurda. La mataría y la devoraría, y su fuerza pasaría a ser la de él. Un final adecuado para una necia. La serpiente se preparó para atacar. Utilizó un trío de hechizos de quinto nivel para potenciar su velocidad, fuerza y agilidad. No había vivido tanto por ser imprudente. Aplastaría a esa mujer con un solo golpe. "¿Vas a quedarte allí toda la noche, o vamos a pelear?" La mujer Lo hizo con una expresión de asco. "De verdad pensaba que llegarías antes. Ahora mismo estoy privada de sueño. Corre y ataca, para poder matarte." Frunció el ceño. "¿El maldito serpiente sabe bien? Debería preguntarle a los aldeanos. Ojalá uno sea chef. No aguanto más comer monstruos quemados..." La serpiente no pudo soportar más sus insultos. La única que sería comida sería ella. Con un último siseo, la serpiente se lanzó. Su forma era perfecta. Su velocidad insuperable. La mujer murió antes de entender qué había pasado, o eso creería. Pero en cambio, ella lo miró directamente, con sus ojos violetas brillando en la oscuridad, y sonrió. Algo empezó a formarse a su alrededor, un poder que la serpiente no lograba entender ni ver claramente, y luego desapareció. La serpiente falló su ataque, y al girar en busca de ella, se dio cuenta de que ella estaba sobre su cabeza. "Realmente no quiero romper mi espada, así que esto será suficiente." La mujer levantó una piedra del tamaño de un puño sobre su cabeza. Esa extraña y enigmática energía comenzó a formarse alrededor de la piedra, y luego ella la arrojó hacia abajo. ¡BOM!

Antaria contuvo un improperio. ¿¿En qué diablos había estado pensando?? Mejorarse a sí misma y luego golpear la cabeza del colosal ser serpentiforme con una roca engrandecida con runas parecía una idea grandiosa, hasta que el maldito cráneo explotó en una lluvia de vísceras, cubriéndola con una mezcla de huesos quebrados, sangre y cerebros. No habría forma de limpiar esa ropa. Tendría que quemarla... a menos que lograra convencer a Doomwing para que la limpiara o tal vez le enseñara una runa básica de limpieza. Seguramente habría alguna, ¿verdad? Dudaba que la magia ordinaria fuera suficiente para eliminar las manchas y el olor. Mientras el cuerpo del serpiente caía al suelo, se tomó un momento para estimar su tamaño. Los aldeanos tenían razón. Medía aproximadamente cien pies de longitud. Antes de encontrarse con Doomwing, le hubiese dado pánico enfrentarse sola a una criatura así. De hecho, no se sentiría segura a menos que tuviera decenas de soldados y magos a su lado. Ahora mírala. No le temía. Estaba enfadada por el desorden que había provocado al matarlo. Por otro lado, parecía que las fauces del serpiente seguían intactas. No sabía si podría convertir esas en armas, pero quizá valdría la pena intentarlo. Si nada más, podía usar magia ordinaria para preservarlas y luego usarlas para apuñalar cosas. No era herrera de armas, pero no debería ser demasiado difícil convertir las fauces en dagas o quizás en las puntas de unas lanzas. «¿Estás... bien?», preguntó William, el jefe del pueblo. Para ser un anciano, demostraba bastante valentía, y había sido el primero en salir para ver si ella estaba bien. «Estoy bien. Solo enojada», respondió Antaria con gesto severo. «Mis ropas están dañadas y tendrás que arreglar esa parte del muro.» Hizo una pausa. «Perdón por eso.» «Está... está bien», asintió William rápidamente. «Este serpiente fácilmente podría habernos matado a todos.» «Sí, pero aún no se ha acabado.» Antaria tomó la cabeza restante del serpiente y empezó a arrastrarla mientras se dirigía a la abertura en la muralla. «Hay un montón de monstruos afuera. Voy a hablar con ellos.» «¿Hablar con ellos?», preguntó William. «Doomwing me dijo que los monstruos tienden a volverse más inteligentes cuanto más fuertes son. Los que están afuera deben ser lo suficientemente listos para entender lo que digo. Podría matarlos a todos, o...» «¿O qué?», inquirió William. «Ya verás.» Antaria sonrió con cierta malicia. «Quédate aquí.» Salió del pueblo y se detuvo donde todos los monstruos podían verla. Ninguno de ellos era tan fuerte como el serpiente que acababa de matar. El más pequeño era del tamaño de un hombre adulto, mientras que los más

grandes superaban muchas veces esa medida. Uno de ellos abrió la boca para aullar, pero quedó en silencio al ver lo que ella arrastraba. Con un resoplido de desprecio, arrojó los restos destrozados de la cabeza del serpiente al suelo frente a ella. Era un caos, pero estaba segura de que podían entender qué era. «Maté a tu líder con esta roca», dijo Antaria levantando la piedra que había usado en su otra mano, aún manchada de sangre. «Y ahora les doy una opción. Puedo matarlos a todos con esta misma roca, o pueden hacer lo inteligente. Pueden arrodillarse. Hay mucho trabajo que hacer aquí, y parecen ser bastante útiles.» Los monstruos parecían versiones mayores y alteradas mágicamente de animales familiares, como lobos, toros, tigres, serpientes, tejones y aves. Para que esta zona prosperase, necesitarían bestias de carga. Entonces, ¿por qué conformarse con bestias comunes cuando los monstruos eran mucho más fuertes? «Seguiste a esa serpiente gigante porque era más fuerte que cualquiera de ustedes», dijo Antaria, pateando los restos de la cabeza. Los monstruos dieron un salto de rechazo ante la lluvia de sangre. «Ahora está muerto, y yo soy quien lo mató. Sígueme a mí. Obedezcan mis órdenes y me aseguraré de que tengan toda la comida que necesiten. Si otros monstruos los atacan, yo misma los venceré.» Frunció el ceño, y la magia que residía en ella vibró, intentando emular la temible amenaza que Doomwing exudaba con tanta facilidad. «¿Tienen miedo del dragón?», preguntó. Los monstruos se negaron a responder. En cambio, apartaron la vista, intimidados por la sola mención de Doomwing. «Bien. Eso significa que no son tontos.» Antaria se puso las manos en las caderas. «Pero no tienen que preocuparse por él. Está por debajo de su radar. Sin embargo, él es mi maestro y me ha ordenado mejorar estas tierras. No tengo intención de decepcionarlo. Aquellos que le hagan caso y cooperen conmigo no tienen nada que temer, pero quienes decidan oponerse serán destruidos.» Extendió los brazos. «Elijan. ¿Obedecerán o morirán?» Los monstruos se miraron entre sí, y entonces uno de ellos dio un paso hacia ella. Era un tigre del tamaño de una casa. La magia se concentraba a su alrededor, un par de hechizos de mejora de quinto orden lo convertían en algo similar a una avalancha viviente. Antaria había aprendido a absorber y circular magia de su entorno con tanta destreza que podría haberlo enfrentado en combate cuerpo a cuerpo sin usar runas. Pero no quería matarlo. Quería masacrarlo, de modo que la próxima vez que alguno de los monstruos pensara en rebelarse, recordara lo ocurrido y decidiera que era mejor no ponerle a prueba. Tejió un par de runas en torno a su roca y la lanzó justo cuando el tigre saltó hacia ella. El tigre aterrizó y rodó hasta detenerse frente a ella. Una hendidura en su cráneo, y otra mucho mayor por donde la roca salió disparada de su cuerpo. Antaria sonrió, pero luego frunció el ceño al darse cuenta de que ahora no tenía idea de dónde estaba su roca. Maldición. «Él eligió morir», susurró y se arrodilló para recoger otra piedra. No era tan grande como la primera, pero tenía un peso decente, y el hecho de que los monstruos retrocedieran al verla blandirla fue extrañamente reconfortante. «¿Alguien más quiere morir, o me obedecerán?»

Doomwing observaba a través de su constructo mientras Antaria guiaba a los monstruos ahora sumisos hacia la aldea. Los seguían como patitos, demasiado temerosos para hacer más que obedecer. El jefe, William, miraba la procesión con incredulidad, y la expresión en su rostro solo se volvía más divertida a medida que ella explicaba lo que había hecho. Doomwing se sintió satisfecho. No. Más que eso. Quedó impresionado. Había esperado que Antaria matara a la serpiente gigante sin demasiada dificultad, aunque permitir que la muralla fuera dañada había sido un error de cálculo de su parte. Ella también había sido lo suficientemente astuta para usar otra arma en lugar de su desgastada espada. Aunque pudo haber usado un hechizo de conjuro para reforzarla, la espada ya estaba en tan mal estado que solo era cuestión de tiempo antes de que se rompiera. Tendría que conseguirle una mejor, aunque no tan avanzada como para que dependiera de ella en lugar de sus propias habilidades. Hmm... quizás podría enseñarle un hechizo básico de

restauración. Era el primer hechizo de sanación que Elerion había aprendido, y también servía para objetos inanimados. Esperaba que Antaria acabara con el resto de los monstruos, como lo había hecho Elerion en una situación similar. Había visto la amenaza que representaban y los había eliminado sin vacilación. Una muestra impresionante de fuerza y determinación. Sin embargo, Antaria necesitaba una fuerza de trabajo, y los monstruos eran mucho más fuertes que los aldeanos o su ganado. Incluso el monstruo más débil podía mover cargas que normalmente requerirían un equipo de bueyes. Además, algunos volaban y otros podían excavar bajo tierra. Todos tenían potencial utilitario. Un humano ordinario al mirar a los monstruos pensaría que era demasiado peligroso mantenerlos cerca. Pero Antaria ya no era una humana común. Comprendía, en un modo visceral, que los monstruos no importaba quién los gobernara, siempre y cuando su líder fuera el más fuerte y pudiera proveer lo que ellos necesitaban. Los monstruos trabajarían. A cambio, recibirían comida y refugio. Si alguien los amenazaba, entonces Antaria mataría a sus enemigos. Era una visión simple del mundo, pero había funcionado hasta ahora, y ella había demostrado tener la fuerza para liderarlos, exterminando a la serpiente gigante y luego al tigre colosal. Por supuesto, su montura, Swiftstride, había decidido hacerse presente, y el unicornio alado ahora alzaba su autoridad, dejando claro que era el próximo en la jerarquía tras Antaria. Sin embargo, Doomwing ya podía ver a varios monstruos observando al unicornio con cierta curiosidad. Ninguno de ellos era tan tonto como para pensar que podrían vencer a Antaria, pero el unicornio no era tan temible. Podría ser posible que intentaran arrebatarse su puesto. Hmm... Antaria tendría que dejar claro qué tipo de competencia aceptaría, lo que sería interesante. Satisfecho de que Antaria tenía el asunto en control, volvió su atención a su ubicación actual. Había volado hacia el sur después de abandonar su territorio, y ya podía ver en el horizonte su destino. Cuando Mother Tree eligió su camino, sus hijas la siguieron paso a paso. Compartieron su destino. Solo las semillas que liberó justo antes de su muerte fueron salvadas. No habían cometido ningún crimen, por lo que Doomwing y los demás dudaban en exterminarlas, no solo porque ello condenaría a lo que quedaba de los elfos a la muerte. Finalmente, se limitaron a observar los Árboles Hijas recién brotados, para ver si alguna deseaba seguir el camino de Mother Tree. Algunas lo hicieron, y fueron eliminadas. Pero la mayoría optó por ser más razonable, ya sea porque en realidad discrepaban con las acciones de Mother Tree, o porque eran lo suficientemente astutas para comprender que imitarla sería una sentencia de muerte. La más antigua y poderosa de esas Árboles Hijas era la dríade que había adoptado el nombre de Anthracia. A diferencia de la mayoría de las otras Árboles Hijas, que se asemejaban mucho a Mother Tree, Anthracia era distinta. Sus hojas parecían brasas ardientes, y su corteza era negra como la madera carbonizada y gris como las cenizas. Era un recordatorio vivo del destino de Mother Tree, tanto como advertencia a sus hermanas como una reprimenda a quienes la habían asesinado. Y era formidable. Había crecido más alta y fuerte que cualquiera de las demás, y los elfos que le habían jurado lealtad eran los mejores de su especie aún en existencia en el mundo. Doomwing no era una criatura pequeña. Medía aproximadamente una milla de largo, pero en comparación con Anthracia, era diminuto. Al contemplar el imponente árbol que se elevaba por encima del denso bosque que se extendía hasta el horizonte, Doomwing sonrió. Ella superaba las cuatro millas de altura, y ya podía sentir la vibración de su poder al acercarse. Había sido tentador dejar esta visita para el final, pero había plantas en su dominio que necesitaba, junto con algunos árboles que quería reclutar. Era mejor resolver esto ahora, antes de que su viaje lo agotara o lo enfureciera, llevándolo a decir algo imprudente.

